

tida entre los caballos, gritó furiosa é inconsolable, dándose golpes en el pecho: ¡la pobre le había amado!

Acaso la última exclamación de McYntosh, envolvió la noticia de quién era, pero, aparte el gran paquete de hojas viejas, envuelto en el pedazo de tela, nada había en la habitación que pudiera descubrir el secreto.

Los papeles estaban horriblemente sucios. Strickland me ayudó á ordenarles y dijo que el autor ó era el mayor embustero de la tierra ó el genio más asombroso. Él creía en lo primero.

Uno de estos días acaso puedan ustedes juzgar por sí mismos.

El tal mamotreto necesitaba que se le es-purgase mucho; estaba lleno de palabras griegas, faltas de sentido y puestas á la cabeza de los capítulos, que han sido borradas.

Si al fin se publica alguna vez, acaso no falte quien recuerde este cuento impreso ahora, como argumento para probar mañana que *La historia de la Madre Maturin* no es obra mía sino de McYntosh.

A cada cual lo suyo: no me gusta vestirme con plumas ajenas.



EL RESCATE DE PLUFFLES

Durante la temporada
ella y su prima lucharon,
y en la lucha desplegaron
una habilidad honrada.

¡Llenas de tacto y talento,
de ingenio y de bizarria,
fueron por su cortesía
en el combate un portentoso!

Mas la lucha entre mujeres
es, sobre todo, cruel:
los hombres damos cuartel:
de la mujer... ¡no lo esperes!

(*Dos y uno.*)

MRS. Hauksbee fué algunas veces buena para las de su sexo, como lo prueba esta historia, en la que podéis creer todo lo que se os antoje.

Pluffles era un subalterno implume de los *Innombrables*; demasiado implume hasta para subalterno; implume sobre toda ponderación; como un canario en cañones.

Y aún había algo peor que esto: tenía tres

veces más dinero del que necesitaba para ser dichoso.

El Sr. Pluffles padre era muy rico; el señor Pluffles hijo era el único vástago de la familia, y la señora Pluffles adoraba en su unigénito.

La pobre madre, un poco menos implume que el joven, tomaba por artículo de fe todo lo que éste decía.

La mayor debilidad del subalterno estribaba en no creer en nadie. Prefería sobre todo lo que él llamaba «la confianza en el propio juicio», ¡y el hombre tenía tanto criterio como apostura y manos para montar!

Estas preferencias le produjeron disgustos una ó dos veces, siendo el mayor de todos el que se proporcionó en Simla hace algunos años, cuando sólo contaba veinticuatro primaveras.

Empezó por fiarse, como de costumbre, en su propia opinión, y el resultado de esto fué que al cabo de cierto tiempo se vió atado de pies y manos á las ruedas del carruaje de Mrs. Reiver.

Esta señora no tenía nada bueno más que los trajes. Era mala desde la punta de los pe-

los (que habían visto la luz primera en la cabeza de una joven bretona) hasta la tapa de los tacones, que se elevaban sobre la tierra dos pulgadas y tres octavos de pulgada.

No era, como Mrs. Hauksbee, lealmente traviesa, sino mala en todo y para todo.

Jamás llegó al escándolo, porque no tenía impulsos bastante generosos para eso. Constituía la excepción de aquella regla que prueba que las señoras anglo-indias son, bajo todos conceptos, tan buenas como sus hermanas de Inglaterra, y empleó toda la vida en afirmar la regla.

Mrs. Hauksbee y ella se odiaban con el entusiasmo más ferviente, aunque no hasta el punto de llegar al choque; y las cosas que la una decía de la otra eran estupendas, á la vez que originalísimas.

Mrs. Hauksbee era sincera... como su descarado, y si no hubiera sido por su amor á la travesura, habría llegado á funcionar de defensora de las mujeres.

En Mrs. Reiver no había nada bueno: todo era egoísmo, y desde los comienzos de la temporada el pobre Pluffles cayó en las garras de esta señora. Ella lo deseaba y ¿cómo podía

impedirlo el desdichado subalterno! Acercóse á Mrs. Reiver fiado en su propio juicio y así salió la cosa.

He visto á Hayes meter en cintura á un potro fogoso; he visto á un cochero alquilón dominar á un caballo resabiado y he admirado á un guarda enérgico por su forma de amansar á un perro furioso: pero la dominación á que se vió sometido Pluffles, el de los *Innombrables*, fué superior á todo esto!

¡Aprendió á llevar, traer y esperar como un perro ante una sola palabra; aprendió á confiar en citas á que Mrs. Reiver no pensaba acudir; á agradecer en el alma bailes que Mrs. Reiver no tenía la intención de concederle; á tiritar, durante hora y cuarto, sufriendo los embates del viento, junto al Elíseo, mientras Mrs. Reiver estaba pensando en salir ó no á caballo; á correr en traje muy ligero, bajo un chaparrón tremendo, en busca de un coche, y cuando ya le encontraba y le traía, á galopar á su lado; y, por último, á que se le hablara como á un criado indígena y se le dieran órdenes como á un esclavo!

¡Aprendió todo esto y otras muchas cosas más y pagó porque le enseñasen!

Quizás, aunque de un modo algo confuso, se imaginó que todo aquello era hermoso y sensacional, le daba cierta importancia entre los hombres y debía hacerse.

Nadie estaba obligado á indicarle que procedía como un insensato. La temporada era demasiado buena para andar malgastando el tiempo en averiguaciones, aparte de que entrometerse en las tonterías ajenas es siempre un trabajo ingrato.

El coronel, al enterarse de lo que ocurría, hubiera podido ordenar al subalterno que se incorporase á su regimiento; pero Pluffles se había echado una novia la última vez que estuvo en Inglaterra, y lo que más detestaba en este mundo el dignísimo jefe era tener subalternos casados. Por eso se permitió bromear al saber cómo le estaban educando, y dijo que aquel era un sistema muy conveniente para el chico.

No tenía nada de eso. La educación que le daban le llevaba á gastar más de lo que podía, cosa, en medio de todo, útil; pero, además, estaba convirtiendo á un muchacho mediano en un hombre de ínfima clase y de la especie más censurable.

Se metió por malos caminos, y su cuenta en casa de Hamilton llegó á ser notabilísima.

Cuando estaban así las cosas, entró en juego Mrs. Hauksbee, y sabiendo lo que todos decían de ella, comenzó sola la partida, empeñada en beneficio de una joven á quien no conocía.

La prometida de Pluffles debía llegar en Octubre, bajo la protección de una tía, para casarse con el subalterno.

En los comienzos de Agosto, Mrs. Hauksbee creyó llegado el instante de intervenir.

Un buen jinete sabe lo que su caballo se propone hacer momentos antes de que lo haga; por iguales razones, una mujer de la experiencia de Mrs. Hauksbee, conoce perfectamente lo que hará un muchacho colocado en determinadas circunstancias, sobre todo cuando está entontecido por una mujer del género de Mrs. Reiver.

Decía que más pronto ó más tarde el subalterno rompería las relaciones con cualquier pretexto, acaso por complacer á Mrs. Reiver, que, por su parte, le tendría amarrado á sus pies y esclavizado á sus capri-

chos hasta el momento en que aquello le aburría.

—Conozco estas cosas—añadía.

Y, con efecto: ¡Si ella no las conocía, no podía conocerlas nadie!

Resuelta á todo, salió á rescatar á Pluffles bajo el fuego del enemigo.

Exactamente lo mismo que hizo Mrs. Cusack Bremmil, bajo las miradas de Mrs. Hauksbee.

El combate duró siete semanas, por lo que se le conoce con el nombre de la «Guerra de las siete semanas», y el terreno fué defendido y atacado por una y otra parte, palmo á palmo.

La narración detallada de la lucha formaría un libro grueso y aún resultaría incompleta.

El que conozca estas cosas puede, por sí mismo, puntualizar los detalles.

Fué una lucha soberbia, tal, que no habrá otra que se le iguale mientras el monte Jakko exista; el precio de la victoria era Pluffles.

Las gentes, que no sabían en beneficio de quién peleaba Mrs. Hauksbee, decían cosas horribles de esta señora, y en cuanto á Mrs. Rei-

ver, luchaba porque el subalterno le era útil, pero, más que nada, por el odio que sentía hacia la rival.

Lo que Pluffles pensaba de aquello, lo ignoraban todos; verdad es que el joven oficial se dedicaba á pensar raras veces; tenía escasas ideas, y éstas le habían hecho formar un alto concepto de sí mismo.

—A este chico hay que cazarle — decía Mrs. Hauksbee — y la única manera de hacerlo es tratándole bien.

Mientras el éxito fué dudoso, le trató como si se hallara enfrente de un hombre de mundo y de experiencia.

Poco á poco el subalterno fué apartándose de su antigua querencia é inclinándose hacia el campo enemigo, donde era muy considerado.

No se le obligaba á buscar coches, ni á esperar bailes que no se le concedían jamás, ni á vaciar el bolsillo á cada instante.

Mrs. Hauksbee se limitaba á sujetarle por la brida, y después del tratamiento á que se había visto sometido en las manos de Mrs. Reiver, apreció bien el cambio.

Esta última señora no le permitió jamás

hablar de sí mismo, y en cambio le obligaba á que estuviera siempre elogiándola.

Mrs. Hauksbee hizo precisamente todo lo contrario, y ganó su confianza hasta el punto de que el subalterno llegó á hablarle del compromiso que había adquirido en Inglaterra, aunque juzgando aquello con cierto desdén y como una de las más supinas tonterías de un muchacho.

La confidencia la hizo una tarde que tomaba el té con ella y trató el asunto en un estilo que creía encantador y fascinante.

Mrs. Hauksbee había conocido una generación anterior de género idéntico; la había visto nacer, brotar en galanos pimpollos y concluir en capitanes obesos y comandantes panzudos como barriles.

El carácter de esta señora tenía 23 aspectos.

Algunos hombres elevan más el número.

Comenzó hablando á Pluffles como hablaría una madre, y como si en vez de ser quince años mayor que él lo fuera trescientos.

Puso en su acento una especie de gorgoeo acariciador, un timbre que por sí solo producía efecto gratísimo, aun cuando no hubiera nada de grato en lo que decía.

Le hizo ver la excesiva inocencia, por no decir imbecilidad, de su conducta, y la pequeñez de sus pensamientos.

Él tartamudeó algo así como «la confianza en el propio juicio á fuer de hombre de mundo», y esto le abrió á ella el camino para decirle todo lo que creyó necesario.

Si otra mujer se hubiera atrevido á lo que Mrs. Hauksbee se atrevió, Pluffles, se habría, por lo menos, impacientado, pero en la forma dulce, insinuante, arrulladora en que fué dicho todo, le hizo experimentar sensaciones de disgusto y arrepentimiento, como si se hubiera visto en el más augusto templo.

Gradualmente, dulcemente, con ingeniosa gracia, empezó Mrs. Hauksbee separando el amor propio de Pluffles, como separa usted la armadura de un paraguas antes de forrarle de nuevo.

Le reveló lo que pensaba de él, de su criterio y de su conocimiento del mundo; le habló del ridículo en que con su conducta se había puesto ante muchos; del propósito que había tenido de hacerle el amor si ella le hubiera dado pretexto para ello, y le dijo por último, que lo que debía hacer era casarse.

Al llegar á esto, bosquejó una pintura encantadora, derrochando el ópalo y la rosa, de la futura Mrs. Pluffles, fiando todos los anhelos de la vida, en el buen juicio y en el conocimiento del mundo, de un marido que no tenía nada que reprocharse.

¿Cómo pudo Mrs. Hauksbee conciliar manifestaciones tan contradictorias? Ella sólo lo sabe, pero es lo cierto que al subalterno no le parecieron inconciliables.

El discurso de Mrs. Hauksbee fué una homilia que hubiera envidiado el predicador más famoso y que terminó con alusiones conmovedoras al Sr. Pluffles, á la señora Pluffles y á lo juicioso que sería casarse y marcharse á Inglaterra.

Por fin, envió al subalterno á dar un paseo para que pensara en todo lo que le había dicho.

Pluffles salió respirando muy fuerte y tieso como un palo. Mrs. Hauksbee soltó la carcajada.

Lo que el subalterno hizo para terminar sus relaciones con Mrs. Reiver, sólo esta señora lo sabía, y su opinión acerca de tal punto, la reservó cuidadosamente hasta la muerte.

Sospecho que habría deseado que la felicitasen por ello.

Pluffles tuvo el placer de conferenciar muchas veces con Mrs. Hauksbee durante varios días. Las conferencias versaron siempre sobre el mismo objeto y le sirvieron para guiarle y sostenerle en el camino de la virtud.

Como la discreta señora necesitaba tenerle bajo sus alas hasta el último instante, se opuso á que fuera á Bombay á casarse.

—¡Quién sabe—dijo—lo que puede acontecer en el camino! ¡Pluffles está marcado con la maldición de Ruben y la India no es un país bueno para él!

Por fin, la prometida llegó acompañada por su tía, y como el subalterno, gracias á Mrs. Hauksbee, había arreglado sus asuntos, se casaron.

Cuando los novios pronunciaron el *sí quiero*, Mrs. Hauksbee lanzó un suspiro de satisfacción y se fué.

Pluffles, siguiendo el consejo que aquella señora le había dado, se marchó á Inglaterra con su mujer; dejó el servicio y, protegido por vallas pintadas de verde, se dedica á la cría de ganado, no sé en qué sitio.

Según mis noticias, esto lo hace muy juiciosamente.

Aquí habría acabado mal.

Y ahora si alguno habla de Mrs. Hauksbee peor de lo que ordinariamente suelen hablar de ella, cuénteles usted la historia del rescate de Pluffles.

